

muestra por su mejor sistema de riegos, por el hábil empleo de los abonos, por la cría del ganado, por la promulgación de sábias leyes rurales y por la introducción del cultivo del arroz, del azúcar y del café. Vemos en la fabricación el gran desarrollo de las industrias de sedería, de algodón y de lana, y de las del cordobán, del taflete y del papel; en la minería, fundición y artes metalúrgicas basta recordar la fábrica de armas de Toledo.

Amantes apasionados de la música y de la poesía, dedicaban gran parte de sus ocios á estos elegantes pasatiempos; enseñaron á los europeos el juego del ajedrez y les comunicaron su afición á los romances y novelas; cultivaban con deleite el más grave reino de la literatura; tenían composiciones admirables sobre asuntos tales como la inestabilidad de las grandezas humanas, las consecuencias de la irreligión, los reveses de la fortuna, el origen, duración y fin del mundo. Algunas veces, no sin sorpresa, encontramos en ellos ideas que creemos de nuestro siglo y de las cuales nos envanecemos; así, pues, nuestras doctrinas modernas sobre la evolución y el desarrollo se enseñaban en sus escuelas, y á la verdad, las llevaban más lejos de lo que nosotros nos atrevemos á hacer hoy día, extendiéndolas hasta las cosas inorgánicas ó minerales. El principio fundamental de la alquimia era el proceso natural del desarrollo de los cuerpos metálicos. «Cuando el vulgo, dice Al-Khazini, que escribió en el siglo XII, oye decir á los filósofos que el oro es un cuerpo que ha alcanzado el complemento de la madurez, la meta de la perfección, cree firmemente que es alguna cosa que por grados ha ido obteniéndola, pasando sucesivamente por las formas de todos los demás cuerpos metálicos; así que el oro de ellos fué primero plomo, luego estaño, luego bronce, luego plata y finalmente alcanzó el desarrollo del oro; no sabiendo que lo que quieren significar los filósofos con esto es tan sólo algo semejante á lo que dicen cuando hablan del hombre y le atribuyen perfección y equilibrio en su naturaleza y constitución, sin que entiendan que el hombre fué primero toro, se cambió luego en asno, luego en caballo, luego en mono y finalmente se hizo hombre.»

## CAPÍTULO V

### Conflicto relativo á la naturaleza del alma. Doctrina de la emanación y de la absorción.

Ideas europeas sobre el alma.—Se asemeja á la forma del cuerpo. Opiniones filosóficas de los orientales.—La teología de los Vedas y de Budha afirma la doctrina de la emanación y de la absorción.—Es defendida por Aristóteles, al cual siguen la escuela de Alejandria y más tarde los judíos y los árabes.—Se la encuentra en los escritos de Eri-gena.

Relación de esta doctrina con la teoría de la conservación y corelación de la fuerza.—Paralelo entre el origen y destino del cuerpo y del alma.—Necesidad de fundar la psicología humana con la psicología comparada.

El averroísmo, que está basado en estos hechos, penetra en la cristiandad por España y Sicilia.

Historia del averroísmo.—Rebelión del islamismo contra él.—Antagonismo de las sinagogas judías.—Su destrucción emprendida por el papado.—Establecimiento de la Inquisición en España.—Horribles persecuciones y sus resultados.—Expulsión de los judíos y moros.—Destrucción del averroísmo en Europa.—Acción decisiva del último Concilio del Vaticano.

Los paganos griegos y romanos creían que el espíritu del hombre se asemejaba á su forma corporal, variando y creciendo según variaba y crecía ésta; los héroes á quienes había sido permitido descender á los infiernos, habían, por lo tanto, reconocido sin dificultad á sus antiguos amigos; no sólo habían conservado su aspecto corpóreo, sino que llevaban también sus vestidos usuales.

Los primitivos cristianos, cuyas concepciones de la vida futura, del cielo y del infierno, mansiones de los justos y de los pecadores, eran mucho más brillantes que las de sus predesores paganos, aceptaron y fortalecieron estas ideas antiguas. No dudaban que en el mundo venidero se reunirían con sus amigos y hablarían con ellos, como habían hecho aquí en la tierra, es-

peranza consoladora para el corazón humano, en la mayor de las desgracias, puesto que le restituye sus muertos.

En la incertidumbre de lo que ocurre al alma en el intervalo que media entre su separación del cuerpo y el día del juicio final, se sustentaron varias opiniones. Algunos pensaron que andaban errantes sobre las tumbas; otros, que vagaban desconsolados por los aires; según la creencia popular, San Pedro es el portero del cielo, y á él se ha encomendado el admitir ó rechazar á las almas según su capricho. Algunas personas, sin embargo, estaban dispuestas á negarle este poder, puesto que sus decisiones se anticiparían al juicio final, que de este modo sería innecesario. Desde Gregorio el Magno, la doctrina del purgatorio fué aceptada por la generalidad. Las almas de los difuntos hallaron de este modo un lugar de descanso.

Que el espíritu de los muertos volvía á veces á visitar á los vivos y á frecuentar los parajes donde primero había vivido, ha sido en todo tiempo y en todos los países de Europa creencia fija, no reducida sólo á los rústicos, sino extensiva á las clases inteligentes. Un grato terror se esparce en las largas veladas del invierno, cuando al lado del hogar se escuchan historias de apariciones, duendes y fantasmas. En los antiguos tiempos, los romanos tenían sus lares ó almas de los que habían observado una vida virtuosa; tenían también sus larvas ó lemures de las almas de los malvados; sus manes ó almas de los de vida dudosa. Si el testimonio humano sobre estas cosas fuese de algún valor, podría acumularse testimonio sobre testimonio desde la más remota antigüedad hasta nuestros días, tan extensos é intachables como se desee, en apoyo de cualquiera de estas ideas; que estas sombras de los difuntos se reúnen cerca de las tumbas, ó que establecen su secreto domicilio en las ruínas de algún castillo, ó que se pasean en triste soledad á la luz de la luna.

Mientras que estas opiniones se aceptaban generalmente en Europa, otras de naturaleza muy distinta prevalecían extensamente en Asia, y por cierto, en las más altas regiones del pensamiento. La autoridad eclesiástica consiguió reprimirlas en el siglo xvi, pero no desapare-

cieron jamás por completo; en nuestros mismos tiempos tan vasta y silenciosamente se han extendido en Europa, que en el *Syllabus* papal se llama abiertamente la atención sobre ellas, presentándolas á la clara luz del día, y el concilio del Vaticano, abundando en la opinión de lo peligroso de su tendencia y de su secreta difusión, ha anatematizado marcada y ostensiblemente en sus primeros cánones á las personas que las sustenten. «Sea anatema quien diga que las cosas espirituales son emanaciones de la sustancia divina, ó que la esencia divina por manifestación ó desarrollo viene á ser todas las cosas.» En vista de este acto autoritativo, es necesario ahora considerar el carácter y la historia de estas opiniones.

Las ideas que se abrazan sobre la naturaleza de Dios, influyen necesariamente en las que se tienen sobre la naturaleza del alma. Los asiáticos orientales habían adoptado la concepción de un Dios impersonal, y en cuanto al alma, su consecuencia necesaria, la doctrina de la emanación y de la absorción.

Así, pues, la teología de los Vedas está basada en el conocimiento de un espíritu universal que llena todas las cosas. «No hay en verdad sino una Deidad, el Espíritu Supremo; es de la misma naturaleza que el alma del hombre.» Tanto en los preceptos de los Vedas como en los de Manu, se afirma que el alma es una emanación de la inteligencia universal, y que está necesariamente destinada á ser reabsorbida. La consideran sin forma y creen que la naturaleza visible con todas sus bellezas y armonías es tan sólo la sombra de Dios.

Convirtiéndose el vedismo en budhismo, llegando á ser la fe de una gran parte de raza humana. Este sistema reconoce que hay un Poder Supremo, pero niega que haya un Sér Supremo; considera la existencia de la fuerza como medio de manifestación de la materia; adopta la teoría de la emanación y de la absorción; en una vela encendida ve la imagen del hombre, esto es, un cuerpo material y una evolución de la fuerza. Si le interrogamos sobre el destino del alma, nos pregunta qué se ha hecho de la llama cuando se apaga, y en qué condición estaba antes de encender la vela: ¿era la nada? ¿ha sido aniqui-

lada? Admite que la idea de personalidad que nos ha ilusionado durante la vida no puede extinguirse por la muerte instantánea, sino que ha de perderse por grados. En esto se funda la doctrina de la trasmigración; pero al cabo tiene lugar la unión con la inteligencia universal, se llega al nirwana, se consigue el olvido, que es un estado que no tiene relación ni con la materia, ni con el espacio, ni con el tiempo; el estado á que se redujo la extinguida llama de la vela, el estado en que nos hallábamos antes de nacer. Este es el fin que debemos aguardar: la reabsorción en la Fuerza universal, la gloria suprema, el eterno descanso.

Aristóteles fué el primero que introdujo estas dotrinas en la Europa oriental, y veremos que más tarde se le consideró como su autor; ejercieron una influencia dominante en el último período de la escuela de Alejandría. Filón el Judío, que vivió en tiempo de Calígula, basó su filosofía en la teoría de la emanación; Plotino no sólo la aceptó como aplicable al alma del hombre, sino que creyó que permitía explicar la naturaleza de la Trinidad. Porque así como un rayo de luz emana del sol y el calor emana del rayo cuando toca los cuerpos materiales, así del Padre emana el Hijo y de éste el Espíritu Santo. De estas opiniones deduce Plotino un sistema religioso práctico y enseña al devoto cómo pasar á una condición extática de nuestra alma mundana, cual placer precursor de la absorción; en esta condición el alma pierde su conciencia individual. Del mismo modo enseñaba Porfirio la absorción ó unión con Dios. Era tirio de nacimiento, estableció en Roma una escuela y escribió contra el cristianismo; su tratado sobre este asunto fué rebatido por Eusebio y San Jerónimo, pero el emperador Teodosio lo redujo al silencio con más eficacia haciendo quemar todos sus escritos. Porfirio se lamentaba de su infortunio diciendo que se había unido á Dios en éxtasis una sola vez en un período de ochenta y seis años, mientras que su maestro Plotino lo había conseguido seis veces en sesenta años. Un sistema completo de teología, basado en la teoría de la emanación, fué elaborado por Proclo, que especuló sobre la manera en que tiene lugar

la absorción: si el alma es reabsorbida y reunida instantáneamente en el momento de la muerte, ó si conserva el sentimiento de personalidad por algún tiempo y alcanza gradualmente una reunión completa.

De los griegos alejandrinos pasaron estas ideas á los filósofos sarracenos, que muy poco después de la toma de la gran ciudad egipcia abandonaron á los incultos sus nociones antropomórficas de la naturaleza de Dios y la forma análoga del espíritu del hombre. Al desarrollarse el arabismo como un sistema científico distinto, formaron las teorías de la emanación y de la absorción algunos de sus rasgos característicos. En este abandono del mahometismo vulgar les ayudó grandemente el ejemplo de los judíos; éstos también habían arrojado el antropomorfismo de sus antepasados; habían sustituido al Dios que residía tras el velo del templo, una inteligencia infinita que llena el universo; y confesando su incapacidad para comprender cómo una cosa que se anima de pronto, puede llegar á ser inmortal, afirmaban que el alma del hombre está unida con el pasado, que no tuvo principio, y con el futuro, que tampoco tiene fin.

En la historia intelectual del arabismo se ven juntos continuamente judíos y sarracenos; lo mismo sucede si consideramos su historia política, ya en Egipto, ya en Siria ó España. De unos y otros obtuvo igualmente la Europa occidental sus ideas filosóficas, que con el trascurso del tiempo culminaron en el averroísmo: éste es el islamismo filosófico. Los europeos consideraron generalmente á Averroes como el autor de estas herejías y en tal concepto lo infamaron los ortodoxos; sin embargo, no fué más que su compilador y comentador. Sus obras invadieron la cristiandad por dos caminos; de España, pasaron al Sur de Francia y de aquí á la Italia superior engendrando numerosas herejías en su marcha; de Sicilia pasaron á Nápoles y á la Italia meridional bajo los auspicios de Federico II.

Pero mucho antes de que la Europa sufriese esta gran invasión intelectual, se verificaron las que en cierto modo debieran llamarse manifestaciones esporádicas del orientalismo. Como ejemplo puedo presentar las opinio-

nes de Juan Erigena (800), que había enseñado y adoptado la filosofía de Aristóteles y efectuado una peregrinación á la cuna de este filósofo; confiando en unir la religión y la filosofía, según el modo propuesto por los eclesiásticos cristianos que entonces estudiaban en las universidades mahometanas de España. Era originario de Irlanda.

En una carta á Carlos *el Calvo* expresa Anastasio su asombro diciendo: «¡Cómo semejante bárbaro, que viene de los confines de la tierra, donde ha estado privado de la conversación de los hombres, puede comprender las cosas con tanta claridad y traducirlas tan bien á otro idioma!» El intento general de sus escritos era, como hemos dicho, unir la filosofía y la religión, pero el tratar estos asuntos le hizo incurrir en la censura eclesiástica, y algunas de sus obras fueron arrojadas al fuego. Su libro más importante se titula *De Divisione Naturæ*.

La filosofía de Erigena se apoya en el hecho observado y admitido de que toda cosa existente procede de algo que ha vivido antes. Siendo el mundo visible un mundo de vida, ha emanado, por lo tanto, necesariamente de alguna existencia primordial, y esta existencia es Dios, que es, pues, el origen y conservador de todo. Cualquier cosa que vemos, se conserva como cosa visible por la fuerza que de Él se desprende y desaparecería si ésta desapareciese. Erigena concibe, pues, la Divinidad como participando incesantemente en las operaciones de la naturaleza, siendo su protector y sostenedor, y en este respecto respondiendo al alma del universo de los griegos. La vida particular de los individuos es, por lo tanto, una parte de la existencia general, esto es, del alma del mundo.

Si alguna vez se anulase el poder conservador, todo volvería á las fuentes de donde salió; es decir, volvería á Dios y sería absorbido por Él. Toda la naturaleza visible, en suma, ha de volver al cabo á «la Inteligencia.» «La muerte de la carne es el auspicio de la restauración de las cosas y de la vuelta á su antigua conservación; así vuelven los sonidos al aire en que nacieron y por el cual estaban sostenidos y no se oyen más; ningún hombre sabe

lo que ha sido de ellos. En esta absorción final que después de un período de tiempo debe venir necesariamente, Dios será todo en todo y nada existirá sino Él solo. Lo contemplo como el principio y la causa de todas las cosas; todas las cosas que son y todas las que han sido y que no son ahora, fueron creadas de Él, por Él y en Él; también le considero como el fin é infranqueable término de todas las cosas... Hay una concepción cuádruple de la naturaleza universal, dos de la naturaleza divina, como principio y fin, dos también de la naturaleza creada, como causas y efectos. Sólo Dios es eterno.»

La vuelta del alma á la inteligencia universal se designa por Erigena como teosis ó deificación. En la absorción final se pierde todo recuerdo de la experiencia pasada; el alma vuelve á la condición en que estaba antes de que animase al cuerpo. Necesariamente, por lo tanto, incurrió Erigena en el desagrado de la Iglesia.

En la India fué donde primero descubrieron los hombres el hecho de que la fuerza es indestructible y eterna. Esto implica ideas más ó menos distintas de lo que llamamos ahora «correlación y conservación.» Consideraciones relacionadas con la estabilidad del universo dan fuerza á esta opinión, puesto que es palmario que si alguna vez hubiera, ya un aumento, ya una disminución, cesaría el orden del mundo. La cantidad definida é invariable de la energía del universo debe ser aceptada, por lo tanto, como un hecho científico; los cambios que presenciemos sólo se refieren á su distribución.

Pero toda vez que el alma debe considerarse como un principio activo, dar existencia á una nueva, sacada de la nada, es necesariamente aumentar la fuerza primitiva del mundo. Y si esto se ha verificado cada vez que ha nacido un individuo y ha de repetirse de aquí en adelante, la totalidad de la fuerza debe ir continuamente aumentando.

Por otra parte, las personas piadosas experimentan gran repugnancia en suponer que el Altísimo es como un servidor de los caprichos y pasiones del hombre y que en cierto período después de su origen sea necesario que cree un alma para el embrión.

Considerando al hombre compuesto de dos partes alma y cuerpo, las relaciones evidentes del último arrojarán mucha luz sobre las oscuras y misteriosas de la primera. Ahora bien, la sustancia de que consta el cuerpo se obtiene de la masa general de materia que nos rodea, y después de la muerte se restituye á esta masa general. ¿Ha presentado, pues, á nuestros ojos la naturaleza en el origen, transformación y destino de la parte material, ó sea el cuerpo, alguna revelación que pueda hacernos conocer el origen y destino de su compañera, la parte espiritual ó alma?

Oigamos un momento á uno de los más poderosos escritores mahometanos:

«Dios ha creado el espíritu del hombre de una gota de su propia luz; su destino es volver á ella. No nos engañemos con la vana idea de que morirá cuando el cuerpo muera. La forma que tuvimos al venir al mundo y la que tenemos ahora no es la misma; luego no es preciso que perezamos para que perezca nuestro cuerpo. Nuestro espíritu viene á este mundo como un extranjero y permanece aquí como en una mansión transitoria. Nuestro refugio de las pruebas y tempestades del mundo está en Dios; unidos á Él hallaremos descanso eterno sin tristeza, goce sin dolor, fuerza sin flaqueza, conocimiento sin duda; una tranquila y estática visión de la fuente de la vida y de la luz y de la gloria, fuente de la cual venimos.» Así se expresa el filósofo sarraceno Al-Gazzali, en el año 1010.

En una piedra se encuentran en equilibrio estable las moléculas de materia; puede por lo tanto durar siempre; un animal, en realidad, es únicamente una forma por la cual pasa una corriente incesante de materia. Recibe lo necesario y expelle lo supérfluo, en esto se asemeja á un torrente, á un río ó á una llama; las partículas que lo formaban há un instante se han dispersado en el siguiente y no puede seguir existiendo si no es alimentado exteriormente; tiene una duración de tiempo finita y llega inevitablemente un momento en el cual debe morir.

En el gran problema de la psicología no podemos esperar alcanzar un resultado científico, si persistimos en

concretarnos á la observación de un solo hecho; debemos apoderarnos de todos los que nos sean asequibles; la psicología humana no puede resolverse completamente sino por la psicología comparada. Con Descartes podemos inquirir si las almas de los animales son afines á la del hombre y miembros menos perfectos de la misma serie de desarrollo. Debemos tener en cuenta tanto lo que descubrimos en el principio inteligente de la hormiga como en el principio inteligente del hombre. ¿Qué sería de la psicología humana si no estuviese iluminada por la brillante irradiación de la psicología comparada?

Brodie, después de un maduro examen de los hechos, afirma que el alma de los animales es esencialmente igual á la del hombre. Todo el que esté familiarizado con el perro admitirá que esta criatura conoce el bien y el mal y tiene conciencia de sus faltas. Muchos animales domésticos tienen la facultad del raciocinio y emplean medios adecuados para conseguir sus propósitos. ¡Cuán numerosas son las anécdotas que se cuentan de las acciones intencionadas del elefante y del mono! Y no es esta visible inteligencia debida á la imitación de las acciones del hombre, puesto que los animales salvajes que no tienen contacto con él presentan propiedades semejantes. En especies diferentes, la capacidad y el carácter varían en gran manera. Así, pues, el perro es no sólo más inteligente, sino que tiene cualidades morales y sociales que no posee el gato; el primero quiere á su amo, el segundo á su casa.

Du Bois-Reymond hace esta notable observación: «Con respeto y admiración debe mirar el que estudia la naturaleza esta molécula microscópica de sustancia nerviosa que es el asiento del alma constructora, ordenada, laboriosa, leal y valiente de la hormiga. Ha alcanzado su estado presente á través de una serie de generaciones sin cuento.» ¡Qué deducción más profunda podemos obtener de la observación de Huber, que tan bien ha escrito sobre este asunto! ¡Si se observa una sola hormiga trabajando, puede decirse todo lo que irá haciendo! Considera la materia y razona como nosotros. Oigamos una de las numerosas anécdotas que cuenta el veraz y sen-

cillo Huber: «Una vez que una hormiga inspectora visitó las obras, habían empezado los obreros á techar demasiado pronto; examinó el trabajo y lo hizo derribar, levantar el muro á la altura debida y construir un nuevo techo con los restos del antiguo.» Seguramente que estos insectos no son autómatas, y que muestran voluntad. Reconocen á sus antiguas compañeras que han estado encerradas con ellas por muchos meses, y dan pruebas de alegría á su vuelta. El lenguaje de las antenas es capaz de variada expresión y conviene perfectamente á la oscuridad del hormiguero.

Los insectos solitarios no viven lo bastante para educar sus pequeñuelos; pero los insectos sociales, de más vida, dan muestras de afecciones morales y educan sus crías. Modelos de paciencia y maña, algunas de éstas insignificantes criaturas trabajan dieciseis ó dieciocho horas al día; pocos hombres son capaces de una sostenida aplicación mental por más de cuatro ó cinco horas.

Efectos semejantes indican causas semejantes; semejanza de acciones exige semejanza de órganos. Me atrevería á rogar al lector de este párrafo que se halle familiarizado con las relaciones sociales de estos maravillosos insectos á que me refiero, que acuda al capítulo décimonono de mi obra sobre el «Desarrollo intelectual de Europa» en el que encontrará una descripción del sistema social de los Incas del Perú. Quizás entonces, en vista de la semejanza de las instituciones sociales y de la conducta personal del insecto y de las instituciones sociales y de la conducta personal del indio civilizado, aquél un sér insignificante, el otro un hombre, quizás entonces convendrá conmigo en que «de las abejas, avispas, hormigas y pájaros, de toda esa modesta vida animal, que miramos con tan superior desdén, tiene el hombre que aprender algún día lo que él es en realidad.»

Hoy no pueden aceptarse sin modificación las opiniones de Descartes, que consideraba á todos los insectos como autómatas; los insectos son autómatas tan sólo cuando juega la cadena nerviosa del vientre y la porción de ganglios del cerebro que tiene relación con las impresiones actuales.

Es una de las funciones de las células nerviosas conservar indicios ó reliquias de las impresiones que los órganos de los sentidos les hayan transmitido; así, pues, los ganglios nerviosos que están compuestos de esta materia, pueden considerarse como aparatos registradores; al par que introducen el elemento del tiempo en la acción del mecanismo nervioso. Una impresión que sin ellos hubiera llegado á convertirse en acción refleja, se prolonga, y con esta duración vienen todos aquellos importantes efectos que surgen por la recíproca acción de muchas impresiones antiguas y recientes.

No hay lo que se llama pensamiento original ó espontáneo. Toda acción intelectual es consecuencia de una acción precedente y viene á la vida en virtud de algo que fué antes. Dos espíritus igualmente constituídos y colocados bajo el influjo de las mismas circunstancias, engendrarán precisamente iguales pensamientos; á esta uniformidad de acción aludimos con la expresión popular de «sentido común», vocablo en extremo expresivo. En la creación de un pensamiento hay dos condiciones distintas: el estado del organismo, como dependiente de impresiones anteriores, y el de las circunstancias físicas presentes.

En los ganglios encefálicos de los insectos están almacenadas las reliquias de las impresiones que se han efectuado sobre los nervios comunes periféricos, y en ellos se guardan las que se reciben por medio de los órganos especiales de los sentidos de la vista, el olfato y el oído. La inter-acción de éstos eleva al insecto sobre los meros autómatas mecánicos, en los cuales la reacción sigue instantáneamente á la impresión.

En todo caso, la acción de cada centro nervioso, sea el que quiera su estado de desarrollo, alto ó bajo, depende de una condición química esencial: la oxidación. Aun en el hombre, si el curso de la sangre arterial se detiene solo un momento, el mecanismo nervioso pierde su poder; si disminuye aquél, decrece éste en proporción, y si aumenta, como cuando se respira protóxido de ázoe, la acción es más enérgica. De aquí la necesidad de reparar las fuerzas con el descanso y el sueño.

Dos ideas fundamentales se encuentran esencialmente unidas á todas nuestras percepciones sobre las cosas exteriores: la de espacio y la de tiempo, y para ellas hay repuesto en el mecanismo nervioso, siquiera sea en estado casi rudimentario. El ojo es el órgano del espacio, el oído el del tiempo y por el elaborado mecanismo de estos aparatos, vienen á ser infinitamente más precisas sus percepciones que si fuera posible aplicarles tan sólo el simple sentido del tacto.

Hay algunos sencillos experimentos que nos ilustran sobre los vestigios de las impresiones gangliónicas. Si sobre un metal frío y pulimentado como la hoja de una navaja nueva de afeitar, colocamos un objeto, v. gr., una oblea, y después de echarle aliento aguardamos á que desaparezca la capa de humedad y quitamos la oblea, por delicado y minucioso que sea el análisis que practiquemos, no podremos descubrir el menor vestigio ni dibujo sobre la brillante hoja; mas si volvemos á respirar sobre ella, aparecerá claramente una imagen espectral de la oblea; esto puede repetirse una y otra vez; más todavía: si guardamos cuidadosamente la hoja en un lugar en que no pueda su superficie sufrir el menor deterioro, y al cabo de muchos meses volvemos á respirar sobre ella aparecerá de nuevo la sombra de la oblea.

Este experimento nos demuestra de qué manera es posible registrar y conservar una impresión tan trivial y fugitiva. Y si en una superficie inorgánica semejante puede marcarse de un modo indeleble esa impresión, ¿con cuánto mayor motivo no sucederá en el ganglio, construido con este especial objeto? Jamás una sombra se proyecta sobre la pared, sin dejar una huella permanente, la que pudiera hacerse visible empleando un procedimiento adecuado; esto es lo que hace la fotografía. Los retratos de nuestros amigos ó las vistas y panoramas pueden sustraerse á nuestros ojos en la placa sensible, pero se los hace aparecer tan pronto como se aplica un revelador apropiado; un espectro se halla oculto sobre la superficie argentada ó cristalina, hasta que por nuestra nigromancia le hagamos aparecer en el mundo visible. En los muros de nuestros más apartados aposentos, donde no cree-

mos que puede penetrar mirada alguna indiscreta, en el más oculto retiro jamás profanado, existen vestigios de todas nuestras acciones, siluetas de cuanto hemos ejecutado.

Si después de tener cerrados los párpados algún tiempo, como cuando despertamos por la mañana, miramos rápidamente un objeto fuertemente iluminado y volvemos con prontitud á cerrar los ojos, percibimos una imagen fantástica dentro de nuestra inmensa oscuridad. Podemos asegurarnos de que no es una ficción, sino una realidad, pues muchos detalles que no tuvimos tiempo para identificar en nuestra momentánea ojeada, podemos contemplarlos ahora á nuestro placer en el fantasma; así podemos representarnos el diseño de un objeto, como el encaje de una cortina en la ventana ó las ramas de un árbol tras ella. Gradualmente la imagen se hace menos distinta y en uno ó dos minutos todo ha desaparecido; parece que tiene como tendencia á flotar en el vacío que hay ante nosotros, y si tratamos de seguirla moviendo el globo del ojo, desaparece súbitamente.

Esta duración de las impresiones sobre la retina prueba que el efecto de la influencia exterior sobre las células nerviosas no es transitorio; hay correspondencia entre la duración, la emergencia, la extinción y la impresión, como en las preparaciones fotográficas. Así, pues, yo he visto paisajes y vistas de edificios tomadas en Méjico, reveladas, como dicen los artistas, meses después en Nueva-York, apareciendo las imágenes después de un largo viaje, con todas sus formas y contrastes de luz y sombra; la fotografía nada había olvidado: había conservado lo mismo el contorno de las eternas montañas, que el humo efímero de una fogata de bandidos.

¿Se conservan, pues, más permanentemente en el cerebro, y son más fugaces en la retina, los vestigios de las impresiones que han sido recogidas por los órganos sensoriales? ¿Es esta la explicación de la memoria: el espíritu contemplando los cuadros de lo pasado y de los sucesos que han sido confiados á su custodia? ¿Están colgados en sus silenciosas galerías los retratos microscópicos de los vivos y los muertos, las escenas á que he-

mos asistido y los incidentes en que hemos tomado parte? ¿Son estas permanentes impresiones, simples marcas ó signos como los caracteres de un libro, para comunicar las ideas al ánimo, ó son imágenes inconcebiblemente más pequeñas que esas que nos hacen nuestros artistas, y en las que, por medio del microscopio, podemos ver á una simple ojeada, en un espacio no mayor que la punta de un alfiler un grupo de toda una familia?

Las imágenes fantásticas de la retina no son perceptibles á la luz del día; las que existen de un modo análogo en el sensorio no llaman nuestra atención mientras tanto que los órganos sensoriales están operando vigorosamente y ocupados en trasladarle nuevas impresiones. Pero cuando estos órganos se cansan ó se gastan, ó cuando experimentamos horas de grande ansiedad, ó nos hallamos en una incierta soñolencia, ó dormidos, las apariciones latentes toman cuerpo, aumentadas por el contraste, y se presentan por sí mismas al ánimo. Por la misma razón nos embargan durante el delirio y la fiebre y sin duda también en el solemne momento de la muerte; durante un tercio de nuestra vida, en el sueño, estamos sustraídos á las influencias exteriores; el oído, la vista y los otros sentidos están inactivos; pero el ánimo, que nunca duerme, este pensador, este encantador velado en su misterioso retiro, contempla los ambrotipos que ha reunido (ambrotipos, puesto que son indelebles impresiones), y combinándolos, como á veces sucede, construye con ellos el panorama de un sueño.

La naturaleza ha implantado, pues, en la organización de todo hombre, medios que le hacen creer en la inmortalidad del alma y en una vida futura. Hasta el inculto salvaje ve así en sueños las indelebles formas de los paisajes que están tal vez ligados con algunos de sus más gratos recuerdos; ¿y qué otra cosa puede deducir de estas pinturas virtuales, sino que son las precursoras de otra tierra más allá de aquella en que se encuentra? A intervalos es visitado en sus sueños por apariciones de los vivos que ha amado ú odiado, y estas manifestaciones son para él pruebas incontrovertibles de la existencia é inmortalidad del alma. En nuestra condición social más refinada, no

nos es dado nunca sustraernos á estas impresiones, y deducimos de ellas las mismas conclusiones que nuestros salvajes antepasados. Nuestra condición de vida más elevada no nos liberta en absoluto de las inevitables operaciones de nuestra propia organización, como no nos libra de las dolencias y enfermedades. Bajo este punto de vista todos los hombres del mundo son iguales; salvajes ó civilizados, llevamos en nosotros un mecanismo que nos presenta recuerdos de los hechos más solemnes de nuestra vida. Sólo necesita un instante de reposo ó una enfermedad, cuando la influencia de las causas exteriores disminuye, para entrar en juego; y éstos son precisamente los momentos en que estamos mejor preparados para recibir las verdades que ha de sugerirnos. Este mecanismo no respeta á nadie, ni permite al orgulloso estar libre de sus advertencias, ni deja al humilde sin el consuelo del conocimiento de otra vida. Los individuos interesados ó mal intencionados no pueden extraviarlo; ni necesita tampoco el concurso humano para su efecto; presente siempre en el hombre adonde quiera que vaya, extrae maravillosamente de los vestigios de las impresiones del pasado pruebas abrumadoras de las realidades del futuro; y tomando su poder de una fuente que nos parecería inverosímil, insensiblemente nos conduce, no obstante lo que seamos ni donde estemos, desde los fantasmas cuya rápida aparición instantáneamente se borra, á una profunda creencia en lo inmortal é impercedero.

El insecto difiere de un mero autómatá en que obran sobre él la edad y las impresiones conservadas. En las formas superiores de la vida animal, esta conservación ó registro viene á ser más y más completa, y la memoria se hace más perfecta. No hay semejanza alguna necesaria entre una forma exterior y una impresión ganglionar, como no la hay entre las palabras de un mensaje entregado en una estación telegráfica y los signos que el telegrafo trasmite á la estación receptora, ó entre las letras de una página impresa y las acciones ó escenas descritas en ella; pero los caracteres presentan claramente al ánimo del lector los sucesos y las escenas.

Un animal sin aparato alguno para la retención de las